



El poeta artista

Se acabaron los dictadores, pero a veces tenemos la impresión de que continúan en la literatura. La poesía, sobre todo, y escribo desde Chile, país de poetas, es el terreno de los héroes, de las figuras nacionales, del culto de la personalidad. Pablo Neruda se convirtió hace tiempo en una estatua y un nombre de plaza, de calle, hasta de hotel, como el viejo Víctor Hugo en Francia. Pues bien, mientras más estatuas se levantan, más instituciones y fundaciones, menos lectores auténticos existen. En mi tiempo leíamos a Franz Kafka, el solitario, el clandestino, y a nadie se le pasaba por la mente leer a Víctor Hugo. Hasta que empezamos a rescatar de sus monumentos, de sus panteones de hombres ilustres, al novelista de Los miserables y de Los trabajadores del mar.

En sus años finales, cuando ya se había sacado todos los premios de este mundo, Neruda tenía una queja cómica, en la que había una parte de coquetería, pero sólo una parte. "¡Nadie me lee!", exclamaba. La lectura se reemplazaba con homenajes públicos, pero leer a los autores es el único homenaje válido que se les puede hacer, y es, por definición, una ceremonia privada, en alguna medida secreta.

Miramos las estatuas de los poetas laureados, que se despliegan en las perspectivas de los parques, y nos olvidamos de la poesía viva, de su aventura constante, de su condición frágil y a la vez indestructible, necesaria. A pesar de la sombra pesada de Neruda, los poetas chilenos todavía respiran. Oscar Hahn, por ejemplo, vive hace largas décadas en Iowa, en el corazón de los Estados Unidos, entre planicies glaciales, en un pueblo anodino. Uno tiene la impresión de que hace clases de literatura en el día y de que en las noches recibe la visita de los fantasmas más diversos. Hace poco, por ejemplo, a juzgar por uno de sus poemas recientes, fue visitado por el Duke Ellington. Y se convirtió por esos mismos días en un adicto incurable de la música de Miles Davis. Alguien le pregunta por qué, a pito de qué, como decimos en estos lados, y la respuesta, de tan sencilla, llega a ser enigmática. El poeta estaba enfermo y pasaba largos días recluido en su casa de las llanuras. En una ocasión salió a un centro comercial y se encontró con una liquidación de discos de



Jorge Edwards

jazz a dólar cada uno. No sabía nada ni le interesaba el jazz, pero, en vista de la baratura, compró una docena o más de discos. Al regresar se puso a escuchar uno cualquiera, una canción interpretada por el Duke Ellington de los años treinta. Al cabo de algunas horas, o de un par de días de escuchar los discos de a dólar, se encontró transformado en un fanático, un auditor compulsivo. Escuchaba a Miles Davis, a Duke Ellington, a Errol Garner, a Louis Armstrong, durante los largos días de invierno. En las noches le venían pesadillas, sueños confusos. Y en las madrugadas, al filo frío del amanecer, escribía versos. ¡Cosas de poetas! Fui poeta en mi adolescencia y tuve la buena idea de pasarme temprano a la prosa. Tiendo a coincidir con Platón en que a los poetas hay que escucharlos, celebrarlos, darles buenos vinos, manjares delicados, y colocarlos en seguida fuera de los muros de nuestros espacios particulares. Habría que reconocer, sin embargo, que Oscar Hahn es una excepción: es una persona culta, razonable, que nunca pierde su documentación, como le pasaba a cada rato a Enrique Lihn, que bebe con moderación suma, si es que bebe, y no practica nunca la costumbre del sablazo.

Alguien le pregunta si se define a sí mismo como poeta social, comprometido con su pueblo, o si es enteramente ajeno a estas inquietudes. Hahn mira el techo, pero no se demora demasiado y declara que le gustaría definirse como poeta artista. A mí me parece que la definición no puede ser más exacta. En su poesía aparecen Los Beatles, Miles Davis, el amor en el Hotel Valdivia, lugar de Santiago que ya tiene una categoría legendaria, pero que nadie antes que él había llevado a un poema, y a la vez hay referencias a Góngora, a Shakespeare, a la pintura florentina. Es una poesía elaborada, trabajada a la perfección, y que logra una síntesis de elementos coloquiales, cotidianos, populares, con la gran tradición culta. Suele contestar preguntas por medio de otras preguntas, con una vuelta adicional de tuerca, demostrando, de paso, que las respuestas no son respuestas, o no son posibles. "¿Por qué escribe usted?", pregunta el título de uno de sus sonetos. El segundo cuarteto responde de la manera siguiente:

*"Porque góngora porque la tierra porque el sol:
porque san juan porque la luna porque rimbaud
Porque el claro porque la sangre porque el papel:
porque la carne porque la tinta porque la piel"*

Termina el soneto, el poeta levanta la cabeza, medio encandilado, y la sala estalla en aplausos. Ha sido un día de lluvia torrencial, de inundaciones y calamidades, pero los fieles lucharon contra los elementos y llegaron desde todas partes. Alguien hace una pregunta y Oscar Hahn contesta que Góngora, después de todo, es un contemporáneo suyo. ¿Por qué? Porque si se pone a leerlo ahora, a unos pocos siglos de distancia, comprende de inmediato que su poesía sigue viva. Yo, sentado a la sombra de una estatua, leo un poema suyo sobre la muerte de John Lennon y otro sobre un fantasma en forma de funda. Me digo que los poetas del compromiso con el pueblo, como dijo una señora, tienden a ser abstractos, generales, épicos, y que los poetas artistas, en cambio, aunque no piensen demasiado en las fuerzas colectivas, se preocupan de ese personaje singular, misterioso, que es el lector. Machado de Assis, el novelista brasileño del siglo XIX, bromea con sus lectores en cada página, como lo hacía su maestro Laurence Sterne y su maestro en segundo grado Miguel de Cervantes. Oscar Hahn bromea de otro modo, con un Señor en mayúscula que tiene un sentido equívoco, ya que no sabemos si es un lector o un creador de personajes. "Lee Señor mis versos defectuosos", comienza uno de sus sonetos, y al terminar, añadiendo a sus palabras en ruinas, a un terceto pobre, escribe:

*"dónales lo que tengas que donarles:
y la vida que yo no supe darles
dásela tú Señor con tu lectura"*

La poesía sigue viva, en buenas cuentas, y se pasea por un espacio presente, entre fantasmas que se llaman Miguel de Cervantes, Góngora, San Juan de la Cruz, John Lennon. Pablo Neruda, desde luego, también anda por ahí. En un verso de su adolescencia habló de la poesía como una corriente, como un río invisible que pasaba por sus venas. Aproveché el verso para sugerir el título de una recopilación de sus poemas juveniles: El río invisible. Era lo contrario de la estatua: la respiración plural, presente por todos lados, de los poetas vivos y muertos. Si pensamos en esta forma, la poesía resulta menos solemne, menos acartonada, más interesante. Y los lectores salen hasta de las poblaciones inundadas.

El poeta artista [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El poeta artista [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile